

EL GÉNERO POLICIAL EN PUERTO RICO: EL PERIODISMO INVESTIGATIVO, EL ENCUBRIMIENTO Y EL ENIGMA HISTÓRICO

—¡Muchachos!, repitió, el muchacho entrerriano aquí presente es el nuevo repórter detective del diario *Crítica*...

—¿Qué es eso de la sección de "criminales"? Yo creía que iba a trabajar en la página literaria.

—¡Pero si es lo mismo! Le dan un tema y usted compone el reportaje, dijo el Gordo, escupiendo una cáscara de maní.

*La vida es un tango, Copi*¹

...Morasán volvió a ver la mesa del fondo con los tres hombres inmóviles y el perfil de la mujer de verde. "Al hombre ese yo lo vi en alguna parte", volvió a pensar obstinado. Se empeñaba en alterar las facciones del hombre recostado en la pared, tratando de desviar un poco la forma de la nariz de punta redonda, la boca gruesa, el pequeño mentón partido, los ojos claros y oblicuos, la frente donde crecía la calvicie. Imaginó ponerle bigotes y anteojos, vestirlo de uniforme, darle una piel más clara, hacerlo sonreír, hablar, dormir, caminar, meterse las manos en los bolsillos, torcer la cabeza hasta que mostrara nítido el perfil, sobre la madera barnizada de la pared, sobre un cielo brumoso, sobre la capota de un automóvil, sobre una multitud mal vestida, sobre una fila de árboles corriéndose rápidamente.

*Para esta noche, Juan Carlos Onetti*²

El 25 de julio de 1978 varios agentes de la División de Inteligencia de la Policía de Puerto Rico asesinaron a dos jóvenes independentistas —Arnaldo Darío Rosado y Carlos Soto Arriví— en el Cerro Maravilla. Casi al mismo tiempo el gobernador Carlos Romero Barceló, presente en los actos oficiales de la celebración de la Constitución del Estado Libre Asociado en Bayamón, recibe la noticia a través de un mando de comunicaciones instalado por la policía y declara que se había frustrado un acto terrorista que intentaba volar las torres de comunicación de la Reserva Forestal Toro Negro. Al día siguiente los titulares de los periódicos destacan la versión oficial: *El Vocero* suscribe: "Mataron a dos terroristas", *El Nuevo Día* cita la frase usada por Romero Barceló y destaca la heroicidad de los agentes. Con el evento se constatan los temores que la policía había manifestado a la prensa durante el mes de julio: la posibilidad de un atentado armado. El *San Juan Star*, como bien ha escrito

¹ Copi, *La vida es un tango*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1981.

² Juan Carlos Onetti, *Para esta noche*, Montevideo, Arca, 1967.

Manny Suárez, el semanario *Claridad* y otros periodistas independientes ofrecen, en cambio, otra versión de los hechos. Gracias a las declaraciones del chofer de carro público Julio Ortiz Molina —secuestrado por los muchachos— surge un esquema de encubrimiento: la policía, el Departamento de Justicia, el FBI y otros funcionarios del gobierno estuvieron al tanto del entrampamiento.

Estos sucesos son ampliamente conocidos por todos nosotros. Al pasar los años, y con las Vistas Públicas del Senado de Puerto Rico (1983), se abre una caja de Pandora que revela lo que por mucho tiempo estuvo oficialmente oculto: un historial de fichaje, persecución política y vigilancia. Se produce, a su vez, una serie de investigaciones donde se perciben, destacan Javier Colón y Ramón Bosque en su libro *Las Carpetas*, situaciones similares a los sucesos del Cerro Maravilla: la Masacre de Ponce, la persecución de nacionalistas e independentistas, así como la colaboración de la Policía de Puerto Rico y las agencias de inteligencia del gobierno federal de los Estados Unidos.³ Pero, el Cerro Maravilla también llama la atención porque es un punto de partida para reflexionar sobre la crónica roja, los inicios de la literatura policial en Puerto Rico y, sobre todo, la estructura de poder y vigilancia inherente no sólo en las instituciones del estado sino incluso en la estructura de los textos literarios.

La crónica roja y la prensa en general siempre han estado vinculadas al desarrollo del género policial. Muchos críticos consideran que el relato de Edgar Allan Poe —“El crimen de la Rue Morgue”— inicia el género al contar con la figura de Auguste Dupin, quien por medio de una mentalidad empírico-científica soluciona los enigmas. Algunos establecen los orígenes en la invención de la imprenta y por consiguiente los diarios, las ejecuciones públicas y el establecimiento de una inteligencia policíaca. Los edictos públicos y la prensa, sugiere Stephen Knight en su estudio de la literatura inglesa del siglo XVIII, detallan los hechos inherentes al delito e incluyen la biografía del delincuente transformándolo en personaje público expuesto a la mirada descodificadora del lector-espectador, quien en el momento de la ejecución cuenta con los suficientes datos para pedir la condena o el perdón.⁴ Knight, con evidentes ecos de Foucault,⁵ amplía los orígenes del relato policial al destacar, en *Las memorias de Vidocq* (1827), al criminal delator, quien, al convertirse en agente, establece la inteligencia policial de Francia.

En todos estos casos, el delito, como suceso que irrumpe la cotidianidad y el orden, transforma tanto al criminal como a la víctima en figuras expuestas

³ Ramón Bosque Pérez y José Javier Colón Morera, *Las carpetas: Persecución política y derechos civiles en Puerto Rico*, Río Piedras, Centro para la Investigación y Promoción de Derechos Civiles, 1997.

⁴ Stephen Knight, “...Some Men Come Up - the Detective Appears”, en Glenn W. Most y William W. Stowe (eds.), *The Poetics of Murder. Detective Fiction and Literary Theory*, San Diego, New York, London, Harcourt Brace Jovanovich Publishers, 1983.

⁵ Michel Foucault, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México/Madrid, Siglo Veintiuno Editores, 1993.

al juicio de la ley y la comunidad. En Poe y la tradición del relato enigma —Conan Doyle, Agatha Christie, Chesterton y otros— la solución del delito y el castigo del infractor restituye la ley y el orden social. Con la ejecución pública el delito, como espectáculo, se hace colectivo; evidencia, gracias a la presencia de las autoridades, el modo en que el poder y la justicia se hacen visibles en el cuerpo del condenado. Sugiere, ante la teatralidad del suplicio y el diálogo entre el condenado y el torturador, una colectividad culpable sometida al castigo o la benevolencia de la autoridad. Cuando se establece la vigilancia, lo antes visible se oculta; la ley y su representante se definen en su vinculación con lo delictivo. Se da paso a lo que posteriormente produce la literatura norteamericana e inglesa —Chandler, Dashiell Hammett, Graham Greene y otros— la novela negra o el “*hard boiled*” donde la investigación del detective, caracterizado como un ser marginal vigilado por la policía, nunca restablece el orden social ni la justicia. Lo que queda visible no es el individuo o la colectividad culpable, sino la red de vigilancia y la estructura jerárquica del poder que por su composición misma se define en la corrupción y el delito.

En América Latina y España el género policial también, está relacionado al desarrollo de los medios de comunicación y al contexto histórico-social. Tanto en México, España, Cuba, y Argentina se publican colecciones populares, que incluyen traducciones de policiales ingleses y de Estados Unidos, que dan pie a una escritura nacional donde lo común, ante el desprestigio inicial del género, era utilizar seudónimos. Con frecuencia lo policíaco está relacionado al establecimiento de las fuerzas del orden y por consiguiente representan eventos de índole criminal, social, y sobre todo, político. Pensar en la literatura policial española implica, ha escrito José F. Colmeiro, considerar la Colección Biblioteca de Oro de los años cuarenta, la época franquista, la lucha revolucionaria de la organización vasca ETA y la prestigiosa obra de Manuel Vázquez Montalbán, Eduardo Mendoza y Arturo Pérez Reverte.⁶ En México, la Revolución Mexicana, la creación de la inteligencia policíaca en los años treinta, las protestas estudiantiles del 68 y el periódico *Alarma* son ingredientes típicos de la novela detectivesca actual, en especial la de Paco Ignacio Taibo II.⁷ Cuba, con una literatura policial iniciada durante la década de los setenta, se aparta, han observado Luis Rogelio Noguerras y Amelia S. Simpson, de las otras tradiciones al rendir tributo a las fuerzas del estado que luchan por mantener el orden.⁸ Con la reciente obra de Leonardo Padura Fuentes el género vuelve a utilizar las antiguas convenciones al transformar al teniente de la

⁶ José F. Colmeiro, *La novela policial española: Teoría y crítica*, Barcelona, Anthropos, 1994.

⁷ Ilán Stavans, *Antihéroes. México y su novela policial*, México, Joaquín Mortiz, 1993.

⁸ Luis Rogelio Noguerras, *Por una novela policial*, La Habana, Cuadernos de la Revista Unión, 1982. Amelia S. Simpson, *Detective Fiction From Latin America*, Rutherford, Madison, Teaneck, Fairleigh Dickinson University Press, 1990.

policía Mario Conde en héroe desencantado que reflexiona y critica la situación política y social del presente.⁹

Igual situación se manifiesta en Argentina, de amplia tradición detectivesca, pero también marcada por los golpes de estado y dictaduras. Lo que hoy en día conocemos como cultura rioplatense tiene su origen en los esfuerzos legitimadores que desde los cuarenta llevaron a cabo Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, Silvina Ocampo y otros.¹⁰ El género, que ya contaba a fines del siglo XIX con los trabajos de Paul Groussac y Eduardo Ladislao Holmberg, tiene tanto arraigo en el mercado lector que la crónica roja y la investigación periodística usan las estrategias del género en la composición. El 25 de agosto de 1933 —el asesinato del millonario Ricardo Alzaga— se destaca en el titular del diario *Crítica* de la siguiente forma: "Parece una novela de Conan Doyle no un hecho real. Hasta ahora es un Crimen Perfecto: Se afirmará como tal y será única en su género si no se halla al autor".¹¹ Varios años después Rodolfo Walsh, escritor de cuentos policiales tipo enigma, utiliza de manera clandestina un semanario de los sindicatos para, en una serie de artículos, investigar dos episodios de encubrimiento policial: el fusilamiento de varios miembros del partido peronista en 1956 y el asesinato de Rosendo García en 1966.¹² Ambos ejemplos merecen la atención por la obvia interrelación entre la prensa, el acto delictivo y la literatura policial: en uno, el asesinato del millonario implica a un lector aportando a la solución del enigma; en el otro, en cambio, no se restituye el orden, por el contrario, sugiere al estado y sus fuerzas represivas como el gestor y encubridor del asesinato obviamente político.¹³

Los sucesos del Cerro Maravilla se pueden, también, vincular a esta situación de vigilancia y lucha de poder; son eventos que han transformado la cultura política y literaria del país. Existen varios asesinatos que aún no se han resuelto según quedó demostrado en el ciclo de conferencias *El crimen político*

⁹ Leonardo Padura Fuentes utiliza este personaje en la tetralogía "Las cuatro estaciones": *Pasado perfecto*, Barcelona, Tusquets Editores, 2000; *Pasaje de Otoño*, Barcelona, Tusquets Editores, 1998; *Máscaras*, Barcelona, Tusquets Editores, 1997.

¹⁰ Para el año 1945 Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges comenzaron a dirigir "El séptimo círculo" y "La puerta de marfil" de la Editorial Emecé, dedicadas al género policial y a las novelas de aventuras. En "El séptimo círculo" se publicaron las siguientes novelas: Enrique Amorín, *El asesino desvelado* (1945) Silvina Ocampo y Bioy Casares, *Los que aman odian* (1945), Manuel Peyrou, *El estruendo de las rosas* (1948) y María Angélica Agosto, *La muerte baja el ascensor* (1955). Borges y Bioy Casares publicaron bajo un seudónimo el libro de cuentos policiales *Seis problemas para Isidro Parodi*.

¹¹ "Parece una novela de Conan Doyle no un hecho real", *Crítica*, 5 de agosto 1933; p 1.

¹² Rodolfo Walsh, *¿Quién mató a Rosendo?*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1984; *Operación Masacre*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1988.

¹³ De importancia en la tradición policial argentina son los siguientes autores y textos: Osvaldo Soriano, *No habrá más penas y olvido*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1987; Jorge Asís, *Partes de inteligencia*, Buenos Aires, Punto Sur Editores, 1987 y Ricardo Piglia, *Plata quemada*, Buenos Aires, Editorial Planeta, 1997.

en Puerto Rico (1995), organizado por la doctora Ivonne Acosta para el Ateneo.¹⁴ El crimen, no obstante, siempre ha contado con una amplia difusión. La crónica roja del periódico *El Imparcial*, la más reciente de *El Vocero*, los reportajes de radio y televisión, al igual que los diarios del siglo XIX, tan bien utilizados por José Curet en su novela, *Crimen en la calle Tetuán*, no sólo han posibilitado información sino que han transformado a la víctima y al victimario en figuras públicas casi literarias.¹⁵ Pese a esto, no hay en Puerto Rico, hasta donde he podido investigar, una relación directa entre el desarrollo de los medios de comunicación de masas y el género policial. La primera colección de novela policial a la que he tenido acceso es la serie dedicada al "Sin Rostro", escrita por Ramón Malavé Marty, que incluye los siguientes títulos: *Nacidos para matar* (1973) *La mafia busca al Sin Rostro* (1975), *Ajuste de cuentas* (1976), *Callejón sin salida* (1976) y *El crimen no paga* (1975).¹⁶ Llama la atención la caracterización ideológica del "Sin Rostro": es un personaje millonario, respetado en la comunidad cuyas acciones, vinculadas a los cuerpos policiales, siempre restauran la justicia y el orden. Fuera de esta colección existen dos tendencias en la literatura tipo criminal: los textos que se acercan al reportaje investigativo y los que se definen como novelas o relatos policiales. Ambas tendencias parten del mismo contexto histórico-cultural, comparten técnicas investigativas y literarias de índole policial o periodística y se centran en un personaje que bien puede ser un reportero, un detective o una persona común y corriente.

En el reportaje investigativo se pueden mencionar: *Los que murieron en la horca* (1954) de Jacobo Córdova Chirino,¹⁷ *Réquiem en el Cerro Maravilla* (1988, escrita originalmente en inglés por Manny Suárez),¹⁸ *Los Macheteros. The Wells Fargo Robbery and the Violent Struggle For Puerto Rican Independence* (1987) de Ronald Fernández¹⁹ y *Maldita sea la justicia* (1992), escrito

¹⁴ Ivonne Acosta, ed., *El crimen político en Puerto Rico*. San Juan, Ateneo Puertorriqueño, 1995.

¹⁵ José Curet, *Crimen en la calle Tetuán*, Río Piedras, Editorial Universidad de Puerto Rico, 1996.

¹⁶ Ramón Malavé Marty ha escrito los siguientes libros: *Ajuste de cuentas*, Río Piedras, Editorial Verdad, 1976; *Callejón sin salida*, Río Piedras, Editorial Verdad, 1976; *El crimen no paga*, Río Piedras, Editorial Verdad, 1975; *La mafia busca al Sin Rostro*, Río Piedras, Editorial Verdad, 1975; *Nacidos para matar*, Río Piedras, Editorial Verdad, 1975. La Editorial Verdad publicó también otros autores; intenta incluir otros géneros como el de la ciencia ficción y, de acuerdo a la ficha bibliográfica eran ediciones bilingües. Entre los títulos están los siguientes: Pedro Tirado, *Niktozar de la galaxia Krel*, 1976; Basilio Díaz Alvarado, *Frai Prisión*, 1976; Jesús Manuel Reyes Vázquez, *El enemigo público no.1 (Escopeta Recortada, Quiles)*, 1976. En las portadas de los libros se anuncian otros títulos: *Alan San Juan, Primer astronauta puertorriqueño*, *Los narcóticos de la mafia*, *El "gangster de las manos de oro"*, entre otros.

¹⁷ Jacobo Córdova Chirino, *Los que murieron en la horca*, San Juan, Editorial Cordillera, 1975.

¹⁸ Manny Suárez, *Réquiem en el Cerro Maravilla. Los asesinatos policíacos en Puerto Rico y el encubrimiento por el gobierno de los Estados Unidos*, Maplewood/San Juan, Maplewood Press/Editorial Atlantea, 1988.

¹⁹ Ronald Fernández, *Los Macheteros. The Wells Fargo Robbery and the Violent Struggle For Puerto Rican Independence*, New York, Prentice Hall Press, 1987.

por el abogado Jorge Chaar Cacho.²⁰ Lo delictivo oscila entre la representación de la individualidad del delito, la corrupción del sistema judicial, el asesinato político y la lucha revolucionaria. Las obras de Córdova Chirino y Chaar Cacho representan el proceso investigativo y tienen una connotación moral. Se concentran en el infractor de la ley, la intervención del sistema judicial y carcelario y en consecuencia la revelación de sus contradicciones. El libro de Córdova Chirino, publicado en serie en *El Imparcial*, representa al reportero que examina en "amarillentos y carcomidos documentos judiciales" una serie de crímenes que, como aquéllos de la novela folletinesca, sirven para denunciar una decisión judicial injusta. Así sería el caso del juez José Córdova en el que se sospecha que el acusado del crimen es inocente, o el ejemplo moralizante de Luisa Nevares Ortiz quien, tras largos años en prisión, "había aprendido a leer y oraba todos los días".²¹ En Chaar Cacho, la memoria manifiesta al yo encarcelado expresando el alegato exculpatorio que eventualmente lo sacará de la prisión, a la vez que denuncia, usando la voz de un cronista moralizante, las condiciones de vida del sistema carcelario. Llama la atención el libro *Estampas de Justicia*, cuya estructura, narración y proceso investigativo asumen los rasgos de la novela negra al representar —usando nombres y posiciones en el gobierno— la jerarquía del sistema judicial y la representación del discurso legal.

Algo similar se manifiesta, también, en los libros de Fernández y Suárez. La investigación periodística, sin embargo, al explorar el contenido político de los hechos se acerca al clandestinaje de los grupos revolucionarios y al crimen de estado. Cuando se leen ambos textos sobresale la voz del periodista o el sociólogo, que oscila entre la investigación de los sucesos y el recuento histórico. Al igual que en Chaar Cacho, se usa la novela negra en la composición narrativa y en la representación de la estructura de poder y vigilancia. Desde el evento en sí —el robo o el entrampamiento— se teje, mediante documentos, entrevistas y la caracterización de los personajes, todo el proceso de investigación que transformado en letra reconstruye el hecho material, así como insinúa al posible o los posibles autores intelectuales. En este proceso es común representar un cuadro incompleto de lo acontecido. Ante la carencia de pruebas, sólo queda imaginar la jerarquía decisional vinculada con los hechos. Se acusan a policías y oficiales, se arrestan a algunos sospechosos implicados en el robo utilizando métodos ilegales, pero nunca se soluciona el enigma. Jamás se descubre quiénes planearon el robo de la Wells Fargo o quiénes planificaron el entrampamiento en Maravilla. Lo único que se puede hacer es especular, dejar el esclarecimiento al lector, quien se da cuenta de la corrupción y el funcionamiento del poder oficial y conoce la red de vigilancia; es decir,

²⁰ Jorge Chaar Cacho, *Maldita sea la justicia*, Aquadilla, Quality Press, 1992.

²¹ *Ibíd.*; p. 32.

como sucede en la novela negra, no se restituyen el orden y la justicia, y se deja impune el delito que en muchas ocasiones corresponde al estado.

Los libros que se definen como novelas o cuentos policiales se fundamentan precisamente en esta paradoja. Las novelas de Wilfredo Mattos Cintrón, José Curet, Arturo Echavarría, Edgardo Rodríguez Juliá, José Rafael Reguero, Juan Ángel Silén, Aníbal Mattos, Georgiana Pietri, Max Resto y los cuentos de Ana Lydia Vega, Manuel Ramos Otero y Pepo Delgado parten del contexto histórico-social, utilizan la crónica roja, reflexionan sobre enigmas históricos y parodian el género, creando la sensación de que se constituyen por su contacto con la letra. Con frecuencia es difícil distinguir la línea divisoria entre el hecho delictivo, el parte de prensa, la "objetividad histórica" y el texto literario. El estado en su obsesión con la escritura parece ser el cronista-novelistas iniciador. Desea saber, ver y fijar en sus archivos, como sugiere Foucault, todo acto llevado a cabo por el cuerpo social. Es imperioso, y pensemos en la estructura panóptica de la prisión, que todo quede expuesto en la medida en que el poder institucional permanezca invisible. Es necesario, de igual forma, situar al vigilado en una red de vigilancia determinada por la letra: la tarjeta, la carpeta, el archivo policial, el médico, la prensa, el histórico o la biblioteca.

Las novelas de José Curet, Aníbal Matos, Georgiana Pietri, y algunos cuentos de Manuel Ramos Otero y Ana Lydia Vega manifiestan estos fenómenos al elaborar, como muy bien ha hecho Luis López Nieves en *Seva*, el enigma histórico presente en el espacio letrado de la biblioteca y el archivo documental.²² El Grito de Lares, la Invasión Norteamericana de 1898, la violencia eclesiástica, el asesinato político y la violencia actual se problematizan con la exploración de la crónica roja, la santería, el espiritismo y la masonería. En este proceso es significativo el uso de la parodia, como se ve en Max Resto y Pepo Delgado, tanto del género como el discurso de la prensa. Pepo Delgado en su relato "Que moja su cola en el mar" parodia el género policial al transformar a escritores y críticos —Luis Rafael Sánchez, Efraín Barradas, Mercedes López Baralt, González Echevarría— en sospechosos de un crimen acontecido durante un congreso de literatura.²³ Max Resto con su novela *El olor de los muertos* combina la crónica roja y la exploración de la marginalidad social, la droga y la delincuencia para representar, a través de un eficiente manejo de voces narrativas, el asesinato anónimo que nadie, incluyendo la policía, interesa

²² Luis López Nieves, *Seva: historia de la primera invasión norteamericana de la isla de Puerto Rico ocurrida en mayo 1898*, San Juan, Editorial Cordillera, 1984.

²³ Pepo Delgado, *De locuras, familia y sexo*, San Juan, Isla Negra Editores, 1996. La parodia del género, con obvios contactos con la obra de Osvaldo Soriano, se manifiesta en la novela inédita *Dicen que los muertos no tienen ombligo* que explora la corrupción del gobierno en la ciudad de Arecibo. Georgiana Pietri en "Exhibit A (original, see translation)", en *Impasse*, (San Juan Isla Negra Editores, 1992), elabora, a través de la voz popular de un interrogatorio, el posible robo y asesinato de una escritora a manos de un crítico literario.

solucionar.²⁴ El texto, sugiere Ramón Luis Acevedo, "aprovecha la estructura de la novela detectivesca para parodiarla y para presentarnos un cuadro patético de... la marginalidad rural puertorriqueña".²⁵ Ana Lydia Vega, por su parte, en *Pasión de historia* usa el crimen de primera plana de *El Vocero*, alude a maestros, tanto a nivel literario como filmico —William Irish, Chandler, Hitchcock— y lo combina con el habla popular para parodiar el género, el discurso histórico, la prensa y la cultura.²⁶ En el relato "Sobre tumbas y héroes", el investigador —un estudiante graduado de historia que trata de terminar una tesis— se une al espíritu encarnado de un confidente cuyo karma esencial es haber posibilitado el asesinato de dos líderes de El Grito de Lares: Baldomero Bauren y Mathias Bruckman. Igual situación se presenta en el relato "Página en blanco y staccato" de Ramos Otero.²⁷ El detective chino-puertorriqueño Sam Fat se aleja del examen empírico de la evidencia para adentrarse, por medio de la santería, en las vidas pasadas y así vengar un asesinato acontecido en el San Juan colonial del siglo XVI.

José Curet, Ramos Otero, Aníbal Matos y Georgiana Pietri incorporan la masonería para explorar el secretismo de los grupos clandestinos. Ramos Otero en "La otra isla de Puerto Rico" parte del letrado-historiador y representa la escritura en clave usada por los revolucionarios durante la Invasión Norteamericana de 1898. Aníbal Matos en *Palabras sin historia* —novela que obtiene el primer premio del Certamen Literario de 1996 del Ateneo Puertorriqueño— transforma el texto y sus silencios en claves para que el lector resuelva el asesinato de un americano a manos de un grupo clandestino.²⁸ En la novela *Barabradya* de Pietri, que obtuvo el segundo premio en el mismo certamen, la loggia y la biblioteca se combinan con la investigación de un historiador quien logra descubrir el secretismo masónico usado durante la Invasión de 1898.²⁹ Si bien el texto no es una novela policial, la lectura y descodificación de las claves discursivas, similar a Ramos Otero, se une a la jerarquía piramidal de la loggia para representar metafóricamente la construcción de un pueblo o proyecto político —Barabradya— condenado al fracaso gracias al delator. José Curet explora el asesinato político de José Pérez Morris director del diario *Boletín Mercantil*. Al concebir su texto como una novela negra ya establece el contacto estructural con la masonería. La novela, desarrollada como la investigación de un repórter-detective, alter ego del autor-historiador, se transforma en otra

²⁴ Max Resto, *El olor de los muertos*, Barranquitas, Puerto Rico, Yagunzo Press Internacional, 1995.

²⁵ Ramón Luis Acevedo, Reseña, "Resto, Max. El olor de los muertos", *Revista de Estudios Hispánicos* XXIV.1 (1997), 292.

²⁶ Ana Lydia Vega, *Pasión de historia*, Buenos Aires, Ediciones de La Flor, 1987.

²⁷ Manuel Ramos Otero, *Página en blanco y staccato*, Madrid, Editorial Playor, 1987.

²⁸ Aníbal Matos, *Palabras sin historia*, San Juan, Ediciones La Sierra, 1997.

²⁹ Georgiana Pietri, *Barabradya*, novela inédita.

evidencia. Lejos de aclarar el asesinato, deja ver la arquitectura y el secretismo de la masonería: el periodista investigador, ante la negativa de su jefe, nunca publica su investigación; el condenado por el asesinato, al escuchar unas frases, jura lealtad y silencio, y el autor-historiador, presente en el prólogo y en el capítulo final, cae también en la red. Así, todos los personajes resultan sospechosos y el enigma, transformado en novela, es otro documento legal e histórico que al acercarse escasamente a la verdad permanece tan laberíntico como la masonería o la novela misma. El texto de Curet, a pesar de que representa un evento del pasado, evidencia una estructura policial y política similar a la que experimentamos hoy en día: todos, de una u otra forma, somos vigilantes y vigilados y ante el delito compartimos un poco de ilegalidad o violencia.

Tal vez por esta razón las novelas de Wilfredo Mattos Cintrón, Arturo Echavarría, Edgardo Rodríguez Juliá, Juan Ángel Silén y José Rafael Reguero manifiestan, implícitamente, el secretismo y la estructura jerárquica de la masonería. Estas novelas, centralizadas en el presente, se fundamentan en la revelación del funcionamiento burocrático-legal del sistema de vigilancia. En *Alejo y los niños de sangre azul* de Reguero y *Carpeta 20671* de Silén, lo narrativo oscila entre la representación de la corrupción, el discurso legal y de la inteligencia presente en la mirada panóptica del archivo policíaco.³⁰ Rafael Reguero, conocido por sus partes de prensa policiales en *El Nuevo Día*, examina, gracias a su contacto con los cuerpos de seguridad, la mentalidad delictiva de varios agentes de la División de Inteligencia. Más que una novela, el texto se acerca al reportaje investigativo, similar al de Manny Suárez, donde los personajes —con nombres propios— se materializan mediante el hecho concreto y la materia novelística. Silén, por su parte, explora lo subversivo; evidencia, gracias a la acumulación de documentos, el discurso represivo de las agencias del orden. La novela es ante todo una carpeta, reproduce un archivo policial: contiene documentos confidenciales del FBI, la lista de subversivos y mociones legales de desacato y demanda civil. Representa un narrador definido también desde el poder, pues, al igual que el estado, evidencia cómo los grupos subversivos cuentan también con una estructura de control y vigilancia.

La obra de Mattos Cintrón, de Arturo Echavarría y Rodríguez Juliá continúan explorando esta relación pero parten del personaje común y corriente afectado por el crimen y el delito. En la novela de Echavarría —*Como aire de abril*— el secuestro de un catedrático-escritor, transforma a un investigador académico en un detective.³¹ Al igual que el texto de Curet y Vega, la narración se fundamenta en la letra, pues explora la academia a la vez que

³⁰ Rafael Reguero, *Alejo y los niños de sangre azul*, Río Piedras, Editorial Cultural, 1989. Juan Ángel Silén, *Carpeta 20671*, Río Piedras, Jay. Ce Printing, 1993.

³¹ Arturo Echavarría, *Como aire de abril*, San Juan, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1994.

estructuralmente evidencia, y ahí su contacto con la literatura rioplatense, la relación entre el manuscrito y el delito. Nos encontramos con dos novelas, la del profesor secuestrado que narra una relación amorosa y las peripecias del investigador intentando descubrir el paradero de su mentor. Esta doble función del manuscrito es lo que, irónicamente, representa el funcionamiento de la estructura jerárquica. El secuestro y el posterior doble asesinato, los cuales nunca se resuelven, manifiestan la histeria de quién ostenta el poder. A pesar de que está en un alto nivel, lo escrito, como evidencia de una falta o delito, y la posterior destrucción de la letra, lo mantienen en un dominio artificial: sobre él los otros lo examinan manteniéndolo en un estado de subordinación.

Los textos de Rodríguez Juliá y Mattos Cintrón, por su parte, desarrollan la figura del detective deambulando por la ciudad, en contacto con todos los sectores sociales para representar, desde la conciencia del "yo", las relaciones de poder definitivas de la colectividad. *Sol de medianoche* de Rodríguez Juliá parte del asesinato no resuelto del hermano gemelo del detective para transformarse en exploración de la culpabilidad.³² El viaje, a pesar de que representa las contradicciones propias de la jerarquía social y política, se transforma en experiencia infernal de la individualidad. Al igual que *Cartagena*, la novela se centra en un yo confesional que, oscilando entre el presente y el pasado, reflexiona, como los personajes de Sartre y Camus, sobre la decadencia existencial de sí como de la colectividad.³³ El delito, nunca resuelto, si bien caracteriza la situación criminal del país, define al detective; como espejo, sirve de punto de partida para destacar el desencanto de una generación sin futuro, enajenada por el alcoholismo y las drogas. La novela, en este sentido, utiliza las convenciones de la novela negra, pero no hace tanto hincapié, en la representación del funcionamiento del poder estatal, diseña, más bien, un mapa cultural e ideológico de un yo y una generación fracasada y marginada de la sociedad.

En las cuatro novelas de Wilfredo Mattos, en cambio, resulta más evidente la omnipresencia del estado. El detective Isabelo Andújar, veterano de Vietnam y graduado de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico, se enfrenta a un nivel discursivo con las voces que ostentan el poder (el abogado, el académico, el hombre de negocios, el político y el religioso) a la vez que —ante la falta de automóvil— deambula, cual pícaro, por la ciudad reproduciendo las voces de la cultura popular y los medios de comunicación de masas: la televisión, la radio, el periódico. Esta capacidad, similar a Chandler, Vázquez Montalbán, Ignacio Taibo II, permite que el detective tenga contacto con todos los sectores sociales y en consecuencia las diversas instancias o niveles de las relaciones de poder. En *El cerro de los buitres*, inspirada en

³² Edgardo Rodríguez Juliá, *Sol de medianoche*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1999.

³³ Edgardo Rodríguez Juliá, *Cartagena*, Río Piedras, Editorial Plaza Mayor, 1997.

los sucesos del Cerro Maravilla, se evidencia el crimen de estado.³⁴ No obstante, en *El cuerpo bajo el puente*, *Las dos caras de Jano* y *Las puertas de San Juan*, el delito común y corriente, el que inspira la crónica roja, da pie a la representación de formas menos obvias de dominio y sumisión: la relación padre e hijo, hombre y mujer, el estigma de la homosexualidad, la subordinación y dominio religioso así como el mundo de la academia.³⁵ En todos estos casos, el crimen tiende a ser la válvula de escape, la herida en el cuerpo social que posibilita que el detective, husmeador casi filosófico, se enfrente con las diversas voces que ostentan el poder. Lejos de insinuar que tras el delito —y pensemos en *El cuerpo bajo el puente* o *Las puertas de San Juan*— existen unos autores intelectuales que no reciben castigo, el detective va más allá descubriendo, obviamente sin pruebas, formas más sutiles de violencia: la complicidad de una mujer sometida ante el asesinato de su hijo o la mentalidad criminal de una madre que planifica y ejecuta, sin siquiera estar presente, el crimen de su hija incapacitada. Las novelas de Mattos Cintrón, al tener una estructura narrativa oscilando entre el viaje del detective y la fragmentación en collage, permite establecer ciertos paralelismos entre el crimen de primera plana y el delito oculto: ambos, acontecidos en la cotidianidad, evidencian cómo el poder y el delito —elementos intrínsecos de un estado fundamentado en la vigilancia— definen también el cuerpo social. Ante la impunidad del estado, nada más obvio que una comunidad propensa a lo delictivo y a la corrupción.

Las manifestaciones de la literatura policial en Puerto Rico, al igual que en América Latina y España, mantienen un contacto con la historia, la sociedad, la política y la cultura. Llama la atención la presencia de la masonería, tanto a nivel anecdótico como estructural, en varios de los textos literarios. Sería interesante estudiar si existe una relación entre la tradición masónica europea y latinoamericana y el desarrollo del género policial. El delito, como parte de la cotidianidad y transformado en letra, reproduce al estado a la vez que explora lo que el poder desea mantener oculto: el hecho no oficial, la red de vigilancia así como la estructura jerárquica implícita en el cuerpo social. Lo policial, en su vinculación con un procedimiento investigativo, posibilita el encuentro y la problematización de diversos saberes: el discurso histórico, el sociológico, el cultural, el periodístico y el literario comparten técnicas de composición; ayudan, incluso, a revelar y ampliar hechos que tal vez permanecieron en el olvido. Pero de manera similar, lo que constituye el estado, las relaciones de poder, la sociedad misma y sus componentes, como productos

³⁴ Wilfredo Mattos Cintrón, *El cerro de los buitres*, San Juan, Ediciones La Sierra, 1984.

³⁵ Wilfredo Mattos Cintrón, *El cuerpo bajo el puente*, San Juan, Ediciones La Sierra, 1989; *Las dos caras de Jano*, San Juan, Ediciones La Sierra, 1995; *Las puertas de San Juan*, San Juan, Ediciones La Sierra, 1997.

del lenguaje, a veces, manifiestan una composición sumamente literaria. Basta leer una noticia o ver un reportaje televisivo o una película basada en "hechos reales" para comprobar que tanto el asesino como la víctima han dejado de ser ellos mismos para transformarse en personajes. Pensemos en los muchachos asesinados en Maravilla, en sus victimarios y en los posible autores intelectuales: son productos de un modo particular de organización política y social; permanecen y están vivos, luego de pasados los años, gracias a la escritura, la de las carpetas, la de las vistas públicas, la periodística, así como la novelística. El futuro del género policial en Puerto Rico me parece prometedor. Es evidente en los textos a los que hemos tenido acceso y en obras que aún permanecen inéditas. Creo necesario una investigación más exhaustiva de la prensa del país, sobre todo de los periódicos *El Imparcial* y *El Vocero*, así como una puesta al día con trabajos de sociólogos estudiosos de la criminalidad. Los textos de Wilfredo Mattos Cintrón, no obstante, por su continuidad en la caracterización del detective Isabelo Andújar merecen especial atención. Isabelo es un ser tan vivo, tan presente al caminar por Río Piedras, que a veces pienso que no sería mala idea contratar sus servicios. Su figura es tan impactante que se suma a la nueva tradición de detectives hispanoamericanos, entre ellos Pepe Carvalho de Vázquez Montalbán, Héctor Belascoarán Shayne de Taibo II y el teniente Mario Conde de Padura Fuentes. En todos estos casos nos encontramos con héroes marginados, críticos de la sociedad que les tocó vivir, conscientes, retrospectivamente, de ser productos o consecuencias de proyectos ideológicos fracasados, pero a la vez, ya a nivel literario, fundamento esencial en el desarrollo del género policial latinoamericano.

José A. Rosado Rodríguez
Colegio Universitario de Cayey
Universidad de Puerto Rico